

PALABRAS CON MOTIVO DEL PRIMER ENCUENTRO PARA “PENSAR EN VENEZUELA”

POLITÓLOGO JOHN MAGDALENO

18 de julio de 2007

Pensar en Venezuela. Ese es el nombre que intencionalmente se ha seleccionado para designar a esta asociación civil, de la que quien habla se enorgullece en formar parte, y ese es el principal propósito que nos ha agrupado en este momento particularmente grave de nuestra historia. Pensar a Venezuela en la actualidad involucra algunos supuestos, entre ellos, primero, la voluntad de pensar al país desde un espacio de libertad intelectual; segundo, la necesidad de delinear o prefigurar las principales orientaciones básicas del país deseable y factible, y; tercero, la idea de propiciar, en la medida de lo posible, una zona de acuerdos o entendimientos a partir de una discusión informada sobre la estrategia de desarrollo del país, lo cual pasa por abordar diversas áreas de política pública.

Pensar en Venezuela supone, por un lado, reivindicar los espacios de debate público y, por otro, afirmar las posibilidades de enriquecer ese debate con opiniones calificadas, pues si hay una nota distintiva de esta asociación es la vinculación de sus miembros con el mundo académico o, para decirlo de una manera más amplia, con el espacio de la reflexión intelectual sobre el destino del país.

Son estas las razones por las cuales Pensar en Venezuela se define como un “centro de pensamiento”, integrado, en inicio, por un equipo multidisciplinario de especialistas, formados fundamentalmente en el área de las ciencias sociales, y cuyo principal propósito es estimular una reflexión que trascienda las fronteras del debate público cotidiano, que con frecuencia impone más obstáculos de los que resuelve. Es una asociación abierta a la colaboración de expertos, analistas y ciudadanos interesados en los temas públicos, en general, y deseosa de fomentar la participación de los venezolanos en el debate sobre estos asuntos, con las únicas condiciones que imponen la necesidad de una reflexión mesurada y seria, y la comunicación de opiniones de forma respetuosa, especialmente cuando se evidencie, como es natural, la existencia de criterios divergentes.

Aunque pueda parecer extraño, ya estos supuestos dicen mucho en un contexto en el que buena parte de los venezolanos está reclamando elevar la calidad del debate, fortalecer las reservas contra la polarización política -que todavía pueden encontrarse en algunos ambientes como el académico- y estimular el diálogo público sobre cuestiones que tocan a todos los venezolanos.

No obstante, Pensar en Venezuela no significa neutralidad valorativa, algo que, por cierto, se viene cuestionando incluso académicamente desde que lo hiciera el famoso sociólogo alemán Max Weber, como tampoco supone unanimidad en los diagnósticos, en las soluciones alternativas o, más concretamente, en las opciones de política pública. En Pensar en Venezuela asumimos con honestidad nuestro interés en opinar sobre lo público, especialmente sobre el rumbo del país, así como la diversidad de ópticas y enfoques claramente reconocibles en el seno de la asociación, y precisamente esta es una de las contribuciones que deseamos hacerle al país: insistir en que, independientemente de las posturas técnicas, profesionales, políticas o ideológicas existentes, este sea un espacio de reflexión detenida y serena, de discusión y diálogo con otros sectores de la sociedad y, como se ha sugerido antes,

hasta de promoción de eventuales acuerdos mínimos entre aquellos grupos e individualidades dispuestos a repensar al país de cara al futuro.

Con todo, Pensar en Venezuela no es sólo el fruto de motivaciones intelectuales sino, sobre todo, la respuesta que le hemos dado a la gran preocupación que tenemos sus integrantes sobre el destino del país durante los próximos años. Tal y como lo señalamos en la declaración pública aparecida en diversos diarios de circulación nacional y regional el pasado 26 de abril, estamos muy preocupados por el hecho de que Venezuela está desperdiciando la oportunidad histórica que una vez más nos ha brindado el escenario petrolero mundial, al insistir en una política económica que ha fracasado aquí y en muchos otros países. Además del deterioro económico, político y social que Venezuela viene experimentando desde hace casi 30 años y de la persistencia de la pobreza como nuestro principal problema, el país camina hoy hacia un destino peligroso, lleno de incertidumbres y amenazas.

Desde una perspectiva global, en lo económico estamos presenciando el intento de consolidar una fuerte economía pública, con espacios cada vez más residuales y precarias garantías para la iniciativa privada, así como el avance del control del Estado sobre los sectores productivos del país; en lo político existe la clara intención de establecer definitivamente una hegemonía, que vulneraría la exigencia de mayorías cambiantes propia de la democracia, volviendo prácticamente inexistente la posibilidad de que una minoría pueda convertirse en mayoría; y en lo social observamos con preocupación la permanencia de los factores estructurales generadores de la pobreza, así como la profunda fractura sociopolítica existente entre los venezolanos.

No es poca cosa lo que está planteado: se trata del intento de reducir la influencia de la sociedad sobre el Estado y la alteración de los valores democráticos con los que ha sido socializada la población venezolana durante años.

Vale la pena insistir en que estamos convencidos que es necesario hacer un gran esfuerzo por evitarle al país la agudización de los costos del fracaso social, político y económico de las actuales políticas. Ya el país conoce suficientemente bien la frustración resultante de algunos experimentos económicos y sociopolíticos del pasado, por lo que estamos obligados a advertir sobre las amargas consecuencias del rumbo que está tomando el gobierno. En esta ocasión, dada nuestra mayor dependencia del petróleo y los problemas económicos que se han acumulado en los últimos años, los costos de un nuevo fracaso serán de tal magnitud que no tendrán precedentes. El escenario favorable de los precios petroleros todavía nos proporciona una ventana de oportunidad para intervenir y modificar el rumbo que lleva el país, aunque resta poco tiempo para que se empiecen a evidenciar con mayor claridad las consecuencias sociales del enfoque escogido por el gobierno.

Por ello, pensar en Venezuela significa enfrentar, en este momento, al menos dos desafíos cruciales que tenemos como sociedad: primero, responder a preguntas tales como ¿cuáles son las vías o mecanismos que le pueden permitir a Venezuela convertirse en un país próspero, pujante, con una mayor igualdad de oportunidades entre sus habitantes y una mejor comprensión de sus potencialidades futuras? y ¿cuáles diseños de política pública han probado ser más eficaces y han arrojado mejores resultados, y cuáles son los que han producido mayores frustraciones, según se desprende del examen de la experiencia nacional e internacional?; segundo, ¿de qué modo Venezuela puede garantizar una auténtica inclusión social, sin que ello se traduzca en la generación de un nuevo umbral de “excluidos”? y ¿cómo salir del clima de polarización política que hoy invade y amenaza nuestra identidad colectiva, de modo que podamos acordar en torno a objetivos y metas estratégicas, que reestablezcamos o potenciemos los vasos comunicantes todavía existentes entre los

diversos sectores de la sociedad y logremos el mínimo de cohesión social que necesitamos para avanzar?

Mientras el primer objetivo está más relacionado con la identificación de una nueva estrategia de desarrollo para el país, el segundo tiene que ver con la creación de un clima sociopolítico de reconocimiento, respeto mutuo y tolerancia entre sectores, colectividades e individualidades, de modo que podamos coexistir sin ver amenazada nuestra integridad o condición humana.

Ambas son metas estratégicas de gran impacto, pero es obvio que la creación de un clima de tolerancia política es la pre-condición de cualquier eventual acuerdo en torno a opciones de política y, de hecho, debe anteceder a cualquier debate público serio. En ausencia de un clima de reconocimiento y respeto mutuo entre los actores sociales y políticos es muy difícil pensar en la posibilidad de construir un acuerdo en torno a una nueva estrategia de desarrollo. Es importante insistir sobre esto último en virtud de la fractura sociopolítica efectivamente existente hoy en el país, que no ha dejado de ser reforzada, hasta la fecha, por los discursos que usualmente se pronuncian en la arena política convencional.

Si el discurso público, tal y como estamos persuadidos, crea y estimula determinadas realidades y comportamientos, y ya se ha dicho que una de las contribuciones que pretende hacer Pensar en Venezuela es traspasar las fronteras del debate público cotidiano, es necesaria la creación de un nuevo territorio discursivo. Dicho de otro modo, una nueva forma de comunicarnos que nos permita, primero, reconocernos, segundo, dialogar y debatir sobre la base de realidades, y tercero, comprendernos mejor, lo cual nos conduce a alejarnos de los dogmatismos en clave dicotómica o dual (del tipo “blanco contra negro” o “ricos contra pobres”) que tanto daño nos han hecho en el curso de estos últimos años. Por supuesto, no me refiero exclusivamente al reconocimiento y la mejor comprensión entre los diversos actores políticos, cosa deseable por demás, sino también al debate mesurado que se precisa entre los actores sociales y aquellos.

Por ello, una contribución que deseamos otorgarle al país es la introducción de una nueva gramática, unos nuevos códigos comunicacionales, una nueva manera de interpretar y abordar los temas públicos, una forma distinta de discutirlos, que vayan más allá de las polaridades convencionales y procuren fomentar un espacio de reflexión común y de eventuales entendimientos entre diversos sectores sociales, destinado a atender las demandas explícitas y latentes que tiene hoy esta sociedad de cara a los próximos años.

Hace ya por lo menos cuatro décadas que el mundo ha estado buscando y encontrando exitosamente fórmulas para volver compatible la exigencia de generar riqueza y crecimiento económico con la necesidad de redistribuirla entre los estratos más bajos y fomentar un clima de responsabilidad social, que, por cierto, incluye la creación de un sólido sistema de seguridad social. Son variadas las experiencias que muestran un abanico más amplio de opciones de política pública que las que ofrece el eje ideológico “capitalismo *versus* socialismo”, como ocurrió con la “economía social de mercado” alemana, la “tercera vía” de Tony Blair y hasta los modelos de algunos países de Europa del Norte, dentro de los cuales destaca el caso de Noruega, también un país petrolero que sufrió y logró superar los males del petro-Estado. Son muchos los diseños institucionales existentes en el mundo en los que se ha logrado conciliar la necesidad de una mayor igualdad de oportunidades, especialmente para los ciudadanos más pobres y con menos acceso a servicios como seguridad, empleo, salud, educación y vivienda, con la exigencia de hacer de un país un eje de prosperidad, superación y en franca expansión. Y en Venezuela no son pocas las experiencias que han procurado dibujar esta ruta.

Por ello, nuestro compromiso en Pensar en Venezuela es claro: intentar construir un nuevo rompecabezas, en donde las piezas que han permanecido separadas hasta la fecha sean integradas, con el objeto de producir una nueva realidad simbólica y material, y una sociedad con mayor capacidad de adaptación a la actualidad. No se intenta afirmar aquí que sea una tarea fácil. Lo que se intenta sugerir es que nuestras probabilidades de éxito como sociedad son mayores que si permanecemos estancados en los viejos ejes de debate, cómodamente acostumbrados a simplificar la realidad en dos grandes cosmovisiones.

Es necesario subrayar este punto una vez más. Es la forma de ver y comprender lo público entre los diversos sectores de la sociedad, que la más de las veces ha adquirido los rasgos de un conflicto de naturaleza existencial de tipo suma-cero, en donde se asume que las ganancias totales del sector oficial constituyen las pérdidas totales para la oposición o viceversa, lo que deja muy poco espacio para el debate público y el diálogo, la mediación o la búsqueda de arreglos institucionales. Ya son varias las batallas de opinión pública y los eventos políticos que han reforzado esta plataforma de percepciones, de negación mutua de los actores, que se han sucedido en Venezuela. Y de allí provienen, lamentablemente, dos *representaciones sociales* extremistas, que le hacen un profundo daño a nuestra identidad y cohesión social: tanto la que se tiene en sectores radicales del oficialismo como la que habita en sectores igualmente radicales de la oposición. Ambas son visiones erradas de la realidad y no conducen a otro lugar distinto que al de la exclusión mutua.

Si estas *representaciones sociales* continúan enfatizándose con tanta vehemencia desde el terreno discursivo o el de las estrategias y cursos de acción políticas, seguiremos observando episodios de exclusión y, por tanto, de violencia, sea simbólica o material, y hasta podríamos irnos aproximando progresivamente a un trágico escenario de ingobernabilidad y confrontación social. Un escenario como este, además de volver precaria nuestra existencia como sociedad política en virtud de las nuevas heridas que abriría, podría retrasar cualquier esfuerzo destinado a reflexionar con seriedad sobre la Venezuela del futuro, tarea que el país reclama con urgencia hoy. Es aquí donde el gobierno nacional tiene una insoslayable responsabilidad, especialmente de cara a la demanda de paz y tranquilidad que vienen expresando sistemáticamente los venezolanos en diversos estudios de opinión pública. No puede compararse la influencia de actores políticos y sociales vinculados a la oposición, con la que tiene en este momento el gobierno.

Naturalmente, porque se desea hacer una contribución reflexiva al debate público venezolano de la actualidad, los miembros de Pensar en Venezuela estamos conscientes de la necesidad de comprender los orígenes de la fractura existente en el país y detectar los elementos o variables que facilitarían su neutralización o atenuación. No se apuesta aquí por la supresión de las diferencias sociales, económicas o políticas de los venezolanos, tarea que, por más esfuerzos que se destinen, implicaría dar una lucha por una utopía irracional. Se apuesta, por un lado, a la regulación de esas diferencias, de forma tal que el principio rector de las relaciones sociales entre los diferentes actores sea la tolerancia política, y por otro, a la reconstrucción de nuestro pasado y presente por intermedio de interpretaciones más ajustadas a la verdad histórica, científica y a nuestra realidad propiamente sociocultural.

A pesar de este panorama, todos los estudios de opinión pública que han podido conocerse vienen señalando desde hace ya varios años la existencia de no dos sino, al menos, tres segmentos de opinión, uno de los cuales, el más numeroso, se ha venido configurando como un movimiento silencioso a favor de la creación de un

nuevo pacto social. Se trata de un segmento de opinión que cree necesaria la moderación y la integración de valores, como podría ocurrir si las demandas de libertad e igualdad que formulan distintos sectores sociales del país fuesen integradas en una más amplia como la *superación para todos*. Quizás la noción de Aristóteles del “justo medio” sirva para caracterizar la reacción de este segmento de opinión frente a la polarización política de la sociedad y nos ayude a comprender mejor su aspiración más sentida.

Esos mismos estudios de opinión sugieren que se ha venido configurando una demanda por la reducción de los niveles de conflictividad social y política; la búsqueda de estabilidad y certidumbre hacia el futuro; la creación de oportunidades duraderas de crecimiento y superación individual y familiar; el imperio de la ley y la tolerancia, y la supresión de toda forma de discriminación social y política; la limitación del poder del Estado y sus eventuales arbitrariedades; un nuevo esquema de desarrollo, soportado sobre una alianza entre el sector privado y el Estado, sin que ello signifique que este último renuncie a su papel de regulador, y; una nueva forma de interpretar la política, en donde la sociedad tiene mucho que decir y el Estado está obligado a atenderla y escucharla.

Tal parece que estas demandas desbordan las funciones tradicionales del Estado y los partidos políticos, y es por esta razón que las mismas exigen la participación de los más variados sectores de la sociedad. Por ello, hoy más que nunca es preciso reivindicar la necesidad de dar un debate público de altura, en donde las propuestas y proyectos alternativos de país tengan cabida, y en donde podamos ejercer nuestro derecho a pensar libremente, escogiendo entre diferentes opciones. Ese es el reto. Pensar a Venezuela, sin limitaciones ni prejuicios; sin complejos ni tabúes; sin los compromisos ideológicos de antaño. El mundo ha cambiado en el curso de las últimas cuatro décadas y sería una pérdida lamentable para el país que no hubiera una toma de conciencia sobre ello. Se trata de pensar a Venezuela con seriedad, teniendo en mente la gravedad de la situación actual y nuestra responsabilidad de cara a las generaciones futuras.

Teniendo estos objetivos en mente, Pensar en Venezuela inaugura hoy un primer ciclo de análisis y reflexión sobre temas socioeconómicos de gran importancia para la vida de los venezolanos, por lo que tendremos ocasión de escuchar a calificados expertos en torno a temas como inflación, reconversión y tasa de cambio. Es el primero de muchos eventos y modalidades de intercambio que Pensar en Venezuela ha venido discutiendo en las últimas semanas, y que llevará a cabo en el curso de los meses por venir.

De este modo, invitamos a todos los venezolanos preocupados por los asuntos públicos a participar del debate que, desde hoy, Pensar en Venezuela procurará plantearle al país, a sugerir sus puntos de vista y enfoques, y en fin, a acompañarnos en el esfuerzo colectivo de Pensar en Venezuela. Los invitamos, de igual manera, a visitar nuestra página web: www.pensarenvenezuela.org.ve, medio a partir del cual podremos dinamizar el intercambio con todos los venezolanos interesados en el país.

Vale la pena finalizar diciendo que si la sociedad se dedica a mirar expectante y pasivamente estos procesos, y no contribuye a la formulación de opciones alternativas a las actualmente existentes, con contenidos sustantivos y una idea-fuerza impulsora que los sostenga, puede ser tarde luego para reclamar un espacio de actuación autónomo. Este es el reto de la sociedad venezolana, y dentro de ella, la orientación de la contribución que se propone hacer Pensar en Venezuela, con miras a idear un futuro más justo que el que hoy tenemos.